

das que tal despecho abrieran en los corazones varoniles no se pueden saber sino después de haberlas experimentado y sentido. El dolor de aquellas gentes conmueve á los magistrados atenienses, los cuales aconsejan á los heraldos traer gentes de mayores poderes y títulos revestidos al objeto de pactar una paz tenida ya por inevitable. Y efectivamente, los embajadores lacedemonios llegan. Sus barbas tienen proporciones tan grandes, que parecen como camellas colgadas del rostro. Escasos en palabras y decididos á las altas resoluciones, apenas murmuran otro vocablo que paz, paz y paz. Cuando les preguntan el motivo de apetecerla con tan porfiado empeño, dicen cosas tales respecto á su forzoso ayuno del amor, que no podemos traducirlas. Ni en los burdeles se oyen especies semejantes. Pero todas ellas convergen á un fin, al de granjear paz entre Atenas y Lacedemonia. Lysistrata, pues, aparecerá en este momento árbitra entre los beligerantes. En ella confían los griegos y á ella libran el arreglo de sus mutuos agravios. Lysistrata ordena que le presenten primero á los lacedemonios, quienes de seguro no recibirán ahora los agravios de otros tiempos al encontrarse con mujeres, cuyo apacible natural repugna las violencias. Tras los espartanos vendrán los atenienses, y colocados en coro unos frente á otros

alrededor de Lysistrata, oyen de sus labios que no puede comprender cómo los reunidos en sus desfileros de las Termópilas para los mismos combates, en sus agoras de Olimpia para las mismas asambleas, en sus templos de Delfos para las mismas liturgias, riñan ahora, cual vientos encontrados, y arrastren, por desgracia, en las espirales de sus remolinos, el suelo alteradísimo de su común patria. Luégo les recuerda cuando llegaron suplicantes sus reyes vestidos de púrpura y coronados de diademas á las sacratísimas aras atenienses, porque Mesenia los apuraba y Neptuno los combatía, yendo Cimón á socorrerlos y salvarlos. Y como en tanto decía estas palabras los atenienses se regocijaban, dióles en rostro con su olvido criminal del auxilio prestado por los lacedemonios contra Hippias y sus secuaces tesalios, trocando así la tiranía en libertad y vistiendo á los amortajados en sudario servil con el honroso manto de verdaderos ciudadanos. Los discursos de Lysistrata valieron mucho, pero no alcanzaron en favor de la paz todo cuanto alcanzó aquella su industria de amotinar las mujeres en huelga y encender la sangre así en el corazón de los hombres. Ya no podían vivir más tiempo sin ellas. Por consecuencia, firmóse la paz. Los loores tributados á ésta parécenme uno de los más bellos trozos poéticos

guardados en las antiguas letras. Las mujeres visitan á sus hijos é hijas con túnicas rozagantes y los coronan con vasos áureos para que vayan á las procesiones como canéforas; abren las puertas de sus casas á los viandantes y dan á los pobres limosnas y á los esclavos banquetes; oyense, lanzados por los enemigos, cánticos unísonos, en cuyas estancias resuenan idénticos votos por la madre Grecia; las musas descenden de los cielos á inspirar coros en que se cantan los holocaustos de Leonidas y el combate de los lacedemonios, furiosos como jóvenes jabalíes que todo lo arrasan con sus agudos colmillos; Diana, la virgen celestial, corre por las selvas y las platea con sus rayos argénteos y las aroma con sus esencias deliciosas; el dios Baco ríe á todo reír, ceñido de pámpanos, en compañía de las bacantes que gritan evoe por las majadas y por los oteros, mientras en las orillas del Eurotas las doncellas hieren el suelo con pie rápido y sueltan al viento la rubia cabellera, cantando á la hija de Leda, graciosa como la cierva, y se oye la flauta en las majadas, la cítara en los templos, los himnos en las palestras, porque al amor de la paz el universo entero se rejuvenece y las armonías descenden concertando como notas las ideas sobre nuestra baja tierra.

Lysistrata, pues, justificó su glorioso nombre.

Pero no fué tan sólo en esta comedia donde Aristófanes presentó la mujer griega. En otras de sus obras aparece también. Irritado con las asambleas populares y con aquel continuo asistir de los jefes á los juicios públicos, y con la retribución de los cargos, y con las instituciones democráticas, ridiculizalas en su obra de las mujeres congregadas ó en asamblea. Naturalmente, los vicios de la democracia, y no sus virtudes, reinaban por los tiempos de Aristófanes. La demagogia se había con Cleón apoderado por completo del gobierno, y no teniendo ideas removía las pasiones, y no teniendo elocuencia reemplazábala con brutalidades y juramentos de taberna. Así el gran cómico pudo cebar su ironía, rayana con el sarcasmo, en los vicios de su tiempo, que le daban sobrado motivo para sus burlas y para sus críticas. Pero Aristófanes, aun perteneciendo al partido conservador, nunca perteneció á la monarquía. En más de una ocasión hiere con la férrea maza de sus argumentos la cabeza y la tiara de aquel imperio persa que se oponía, como un oscuro contraste, al resplandor etéreo de las repúblicas helenas. Los palacios áureos, los festines orgiásticos, los cultos voluptuosos, los eunucos elevados á ministros, las cadenas puestas sobre las espaldas de los pueblos, arrancan á su ira carcajadas tan terribles como

aquellas con que persigue á la misma demagogia. En verdad, el inmortal cómico erraba cuando quería una reacción terrible á las instituciones aristocráticas y patricias de la Grecia doria, pero acertaba, y con gran acierto, cuando combatía los excesos de una demagogia que asesinó al fin y al cabo la república. Las veleidades múltiples de una emancipación imposible á que tendían las mujeres en aquellos desórdenes traídos por la funestísima guerra del Peloponeso, los abusos de la palabra, los intentos en las asambleas de cambiarlo todo sin estimar ni las costumbres, ni las circunstancias, ni las creencias, bien merecían lo acerbo de su crítica. Proxágoras, después de dirigir una invocación á su lámpara de barro, que, formada por la rueda del alfarero así esclarece, á guisa de sol, su tocador lleno de menjurjes en que rebosan los perfumes, y su despensa llena de botellas en que rebosan sus vinos, dirige á las mujeres el consejo de presentarse disfrazadas con los mantos y cabellos de sus maridos para soplarles el gobierno. Con su número podían sumar votos, pero ¿cómo podrían con sus voces componer oradores? Aunque todas rompen discordemente á hablar, ninguna consigue componer una oración verdadera. Proxágoras la pronuncia, pidiendo el poder para las mujeres. Y como quiera que tal discurso enardezca

y entusiasme á las reunidas, dirígelas en su disfraz de hombres al sitio de las asambleas. Cuando los respectivos esposos de aquellas mujeres en deserción se despiertan en la madrugada de tal facecia, no dan los cuitados con sus trajes y tienen que vestirse de mujeres. Imaginaos cómo se hallará la ciudad, cambiadas así las opuestas vestimentas. Mientras tanto cada cual pone como digan dueñas á los hombres en general, y en particular á sus respectivos esposos. Después de llamarlos delatores, ladrones, y decirles que jamás ellas revelaron los secretos de sus templos y de sus cultos, mientras ellos revelan los secretos de sus asambleas y de sus consejos, piden para sí el gobierno, proponiendo fórmulas demagógicas propias para concitarles el favor de las alteradas muchedumbres, y contenidas en estos tres cánones anárquicos: comunidad de hijos, comunidad de bienes, comunidad de mujeres. La crítica cruel contra estas tres comunidades parece dictada en vista de los horrores y de los excesos más connaturalizados con este nuestro tiempo. Los cándidos llevan sus bienes al acervo común y no reciben los ajenos, mientras las viejas acaparan el favor de los jóvenes á nombre de la comunidad de mujeres. Muy cruel se muestra este Aristófanes, tan grande, con la democracia griega, tan gloriosa y fecunda, sin com-

prender que de haber nacido en una ciudad aristocrática y doria, despojada por cualquier oligarquía de las libertades atenienses, jamás ejerciera la vena de su crítica ni levantara la obra de su teatro.



OLIMPIAS

Con tal nombre pasó á los siglos la madre de Alejandro, la esposa de Filipo. Y el estudio de su temperamento, de su educación, de sus creencias, deben servirnos para conocer temperamento, creencias y educación en el guerrero que llevara por todo el viejo mundo la cultura y la civilización helenas. Grecia creció tanto en el siglo de su madurez, que no podía contener las ideas y las inspiraciones dentro del cauce de su territorio propio. Tantas riquezas intelectuales y artísticas, sumando una cantidad enorme de sustancia etérea, espiritual, sublime, debía desbordarse como la corriente del Nilo y regar con su luz el mundo asiático. Nuestro joven Occidente se hallaba entonces en estado tal, que cumplía su ministerio civilizador Grecia en su seno, erigiendo colonias por sus costas, ya juntas con las colonias fenicias, ya sobrepuestas á las colonias